

rigores. Las hojas de los árboles alfombraban el suelo, y el viento las arrojaba lejos en caprichoso torbellino; la nieve empezaba á blanquear las cimas de las montañas y tapizaba las praderas. Las alimañas salvajes comenzaban á rodar junto á los rebaños, acechando una presa, y Loric había, más de una vez, visto las huellas y reconocido el paso de los osos. Una idea salvadora se le ocurrió: si lograba dar muerte á uno de estos animales, recogería provecho suficiente para pagar los gastos de su instalación matrimonial, y además le proporcionaría gloria y nombre.

Concebida esta idea, examinó cuidadosamente el fusil é hizo provisión de las balas adecuadas á este género de caza. Los montañeses que carecen de los proyectiles perfeccionados, se valen, para semejantes cazas, de lingotes de hierro envueltos con un trapo de lana, que sustituyen á nuestras terribles balas cónicas.

Loric comunicó sus proyectos únicamente á su prometida, recomendándole rogase por él á San Pedro, patrón de los pastores de Ossau, y á la Virgen; porque si salía victorioso la felicidad sería la recompensa, pero en caso contrario podía hallar hasta la muerte.

Durante muchas noches, provisto de su arma de dos tiros cargados con lingotes, se puso de acecho en el bosque de abetos, atento al menor ruido, fija la mirada y registrando el espacio que se desarrollaba á su vista. ¡Cuántas veces latió su corazón, pareciendo querer saltarse del pecho, creyendo ver llegar el objeto de su emboscada!

Por fin, la tercera noche, en que la Luna alumbraba el firmamento y el frío era penetrante, serían las once, cuando el cazador, que, fantaseando con la imaginación la perspectiva de su porvenir, entretenía su forzada inacción, oyó el ruido de un paso sordo y regular.

Poco á poco aquel rumor fué acercándose, y pronto apareció á pequeña distancia de Loric un oso enorme. Avanzaba lentamente, y sin temor ni desconfianza.

Á la vista de aquella enorme alimaña, Loric sintió temblar su cuerpo, y vió señoreado su ánimo por esta mezcla de temor y de ardor que en semejantes circunstancias experimentan las almas mejor templadas.

Loric se hallaba oculto tras un abeto colosal. Todo se presentaba propicio. El oso, por un azar providencial, volvía la cabeza á un lado, y presentaba la oreja y la espalda como blanco al cazador.

Loric, una rodilla en tierra, la cabeza inclinada un poco hacia delante, conteniendo su aliento, mientras que el corazón batía violentamente, esperó que su adversario estuviera colocado bien enfrente de él. Entonces, encomendándose á Dios, pensando en la que

amaba, apoyó el fusil en el hombro, apuntó é hizo fuego, y después la segunda descarga siguió inmediatamente á la primera.

El humo de la pólvora no se había aún desvanecido, cuando Loric vió al oso herido dando saltos. El primer lingote había penetrado en el ojo del animal; y, ciego y loco de dolor, daba un salto, cuando el segundo tiro le penetró en la espaldilla y penetró en el corazón. La alimaña dejó oír algunos sordos gruñidos, seguidos del estertor de la agonía; y después de algunas convulsiones quedó inmóvil en medio del sendero, en el que se dibujaba su masa negra enrojecida por la sangre.

Loric permaneció durante algunos instantes en la misma posición, conmovido y osando apenas creer en su dicha. Levantóse; y, avanzando con precaución hacia el animal, se convenció de que estaba bien muerto, y esperó junto á su víctima, aguardando á que viniesen sus compañeros, á quienes, sin duda, el ruido de la doble detonación y los avisos de María conducirían á aquellos sitios.

En efecto, no se equivocó; y al cabo de algun tiempo oyó sonar á lo lejos voces confusas, ruidos de pasos y clamores, á los que respondió; y en breve vió aparecer una docena de sus mejores compañeros, y en medio de ellos, apoyada en el brazo de su viejo tío, á María que llena de inquietud había rondado sin cesar por los alrededores del villorrio. Al ver á Loric sano y salvo, y el oso extendido á sus pies, exclamó alborozada: «¡Virgen María: sed mil veces bendecida!»

Todos comprendieron el misterio del suceso, y participaron de la alegría de los enamorados. Formaron con ramas y troncos unas angarillas, sobre las que depositaron el pesado fardo, relevándose de distancia en distancia; y así llegaron al pueblo al alborar del día.

Los habitantes de la aldea, al despertar, se encontraron con aquella nueva. Todo el mundo felicitó á Loric, y se celebró el famoso paseo del oso con el ceremonial de costumbre. Todos quisieron asociarse y contribuir con sus medios á premiar la valerosa acción de Loric; de suerte que la venta del oso produjo al mancebo la suma redonda de seiscientos francos, que le permitió casarse con María, siendo dichosos y felices. El montañés cazó después hasta ocho osos más, que le valieron mucha honra y provecho.

VII

En los desiertos de la América del Norte se considera el oso leonado como el más feroz; pero en los

cantones de Suiza, donde ha existido tal especie hasta hace pocos años, era calificado de manso y dócil por todo extremo. Hoy día pertenece en aquellas comarcas á la categoría de la leyenda.

Dotado de una vista penetrante, de un oído finísimo, de un olfato exquisito y de un vigor poco común, une á estas cualidades físicas una prudencia y una bravura que le hacen terrible adversario. Él no ataca al hombre sin ser antes provocado; pero ¡ay del cazador poco diestro que le hiera!

En el Oberland de Berna, el último que hubo de tan incómodos huéspedes tomó la detestable costumbre de cobrarse el diezmo de los rebaños que pacían en la cima de las verdes colinas de aquellas pintorescas regiones. Llegaba su audacia hasta visitar la cerca de los mismos rediles; los perros, con furiosos ladridos, indicaban su aproximación; los campesinos la deploraban, y los valientes cazadores de gamos echaban coléricas y vivas imprecaciones al verse reducidos á un papel de simples espectadores, porque una práctica tan antigua como ridícula declaraba incapaz de cazar osos á quien no pudiese acreditar títulos de nobleza. Éste era uno de los anacronismos más

estúpidos que menciona la historia del presente siglo. *Dura lex, sed lex.* Al fin, los habitantes del cantón de Berna echaron abajo tan rancia costumbre, comprendiendo que la mejor ejecutoria que puede ostentar el cazador de osos es la bravura del corazón y lo certero de la puntería; y Müller, uno de los cazadores más célebres del país, decidió poner término á las rapiñas del audaz bandido plantigrado. Para ello necesitaba rivalizar en astucia con el animal, y cogerle vivo si era posible, á fin de eludir el texto de la ley. Difícil era la empresa, pero no por ello desmayó nuestro héroe. Dedicóse á perseguir á su adversario, á estudiar sus entradas y sus salidas; y tanto hizo, y con tal provecho, que al cabo de un mes el animal no tenía ya secretos para él.

Lazos y trampas de todo género fueron puestos discretamente en su tránsito habitual; pero el oso burló todas las asechanzas, sin que el cazador se desalentara en su obra.

Un día descubrió Müller, en el centro del bosque de castaños que más frecuentaba el animal, un enorme mogote de granito, de 10 ó 12 metros de alto, y cuya



Oso vencido por un búfalo

cúspide le podía servir muy bien de puesto y de observatorio. Subió á lo alto, y al cabo de media hora de aguardo vió venir al plantigrado, detenerse, tomar vientos, inspeccionar los árboles, y, por último, encaramarse á uno de ellos con la agilidad propia de un gimnasta de primer orden.

Llegado á la primera bifurcación de las ramas inferiores, metió una pata en cierta concavidad que había en el tronco, y luego la retiró, lamiéndosela con verdadera delicia. Mientras duró la tarea de meter y sacar la pata, estuvo el cazador apuntando con intención de tirar; pero de repente le ocurrió una idea, y puso á un lado la escopeta, sonriendo con malicia. El oso, por su parte, después de haber castrado bien un panal de miel riquísima, bajó del árbol, desapareciendo entre las espesuras del bosque.

Algunos días más tarde volvió al mismo sitio nuestro cazador, en unión de otro compañero, quienes, además de sus armas de costumbre, llevaban un gran puchero

que contenía bastante cantidad de jarabe hecho con miel, alcohol y bayas de arándano, con un aditamento de acetato de morfina, pócima que fué depositada en el hueco del árbol que el oso debía visitar de nuevo. Hecho esto, los dos cazadores subieron á lo alto del peñasco.

Pasada hora y media, apareció el oso gruñendo de inquietud al reconocer y olfatear las huellas de dos hombres; pero, tranquilizado por el silencio absoluto que reinaba en aquel paraje solitario, se encaramó á su castaño, y atraído por el olor del alcohol, que pareció llenarle de gozo, apuró con avidez el contenido del puchero, y bajó al suelo con la alegría propia del apetito satisfecho.

Pero á los pocos pasos comenzó á tambalearse como un borracho; hizo esfuerzos inauditos para teñer abiertos sus relucientes ojillos, hasta que al fin cayó como una masa inerte, vencido por los efectos irresistibles de la morfina.

Los cazadores se lanzaron sobre él, y en menos de dos minutos le agarrotaron, le pusieron un bozal, y, por último, un gran capuchón de cuero, que se interpuso entre la luz y sus lánguidas miradas.

Á los gritos de los cazadores acudieron los campesinos y montañeses, y, cargando con el oso aletargado, le pusieron en unas angarillas, dirigiéndose el alegre cortejo á la ciudad federal de Berna, donde hizo su entrada triunfal, en medio de una considerable afluencia de gentes.



Al salir de su letargo el feroz animal, se encontró limitado el horizonte por una alta pared, y cerrada la puerta de su encierro con gruesos barrotes, que resistían á las pujantes embestidas que les dió en los primeros momentos de rabiosa furia.

Muchos años vivió el oso en su triste cautiverio, comiendo de todo lo que le daban, menos miel, acordándose, sin duda, de que aquella dulce sustancia había sido causa de la pérdida eterna de su libertad.

Las cacerías de osos en España, sobre todo durante la edad media, tendrán privilegiado sitio en esta enciclopedia de caza.

Las montañas de Asturias sirven aún hoy de refugio á los osos de idéntica casta que sus congéneres de los Pirineos franceses. No hay año en que no se registre alguna proeza y algarada de la familia de plantígrados, y luchas entre montañeses y pastores que denotan el valor y arrojo de los descendientes de Pelayo.

En Villafranca del Bierzo se hacen hoy día buenas cacerías, y no hace mucho tiempo (Enero 1886) leímos, en un ilustrado periódico, que los valientes cazadores de aquellas montañas mataron en pocos días dos osos, uno de ellos de gran tamaño, y además varios corzos y jabalíes.

Las pieles de los osos fueron enviados al conde de Peña Ramiro, que las conservó en su poder.

También en Oviedo se realizan frecuentes cacerías de osos. ¡Lástima grande que falten cronistas minuciosos de semejantes cacerías!

CAPITULO IX

CAZA DEL OSO GRIS Y NEGRO DE AMÉRICA

I



INTERESANTE es la caza del oso gris americano, y ofrece grandes peligros, porque es un animal temible y fiero.

No es de admirar, pues, que sus hábitos, costumbres y hazañas sean el tema favorito de los cazadores del oeste.

El oso gris se parece algo al oso vulgar ó pardo, pero es mayor, más grueso y más fuerte. Tiene la frente ancha, aplastada; las orejas cortas, la cola más diminuta que la del oso pardo, largas, aceradas y encorvadas las garras. Su pelaje es gris con matices claros, largo, sobre todo sobre las espaldas, garganta y bajo vientre. Cubren su cabeza pelos cortos y negros; su pupila es parda y las garras blancas.

El oso gris se distingue del europeo por la menor longitud de su cráneo, la convexidad de los huesos nasales y por su talla. El oso vulgar mide, á lo sumo, 2 metros de longitud, y el oso gris 2'30 metros y aun 2'50 metros, y pesa de 350 á 450 kilogramos. Sus armas son formidables. La pata de un adulto tiene 50 centímetros de longitud, y se halla provista de garras de 14 centímetros.

El oso gris tiene casi los mismos hábitos que el oso pardo, pero su marcha es más vacilante y todos sus movimientos más pesados; así es que sólo en su mocedad puede trepar por los árboles. Adulto, su pesadez y gordura le privan de renovar las habilidades de su mocedad, y muchos cazadores se han librado de las garras del oso gris por haber trepado rápidamente sobre un árbol. El oso nada con pasmosa facilidad.

El oso gris, á pesar de que saborea con delicia las frutas, bellotas y raíces, es, al propio tiempo, carnívoro, y ataca y domeña animales corpulentos de las comarcas por donde mora, hasta el punto de que arrastra bisontes á larga distancia y á sitios donde puede satisfacer tranquilamente su voracidad.

El hombre no le inspira miedo; y si le ataca se levanta sobre sus patas traseras, acepta el combate, y cuando el hambre le agujonea él es el agresor; herido, se trueca en furioso, y entonces cambian los papeles y el hombre es el cazado.

El oso gris se dirige en derechura al hombre, vaya éste á pie ó á caballo, armado ó desarmado.

Desdichado del que no huye á tiempo, ó no puede alojar en su cuerpo una certera bala. El oso, furioso, le aprieta entre sus brazos, le rompe y tritura con sus garras.

Dato curioso es que aquella fiera, que hace frente